



Visión de san Pedro Nolasco Francisco de Zurbarán

El 29 de agosto de 1628 Francisco de Zurbarán firmó un importante contrato con fray Juan de Herrera, padre comendador de la Casa Grande de Nuestra Señora de la Merced de Sevilla. Por dicho contrato el pintor, residente todavía en Llerena, se comprometía a realizar 22 grandes lienzos de formato apaisado para el segundo claustro de dicho convento, llamado también de los Bojes, que debían representar diversos episodios de la vida del fundador, Pedro Nolasco, que fue canonizado precisamente un mes después, el 30 de septiembre de 1628.

Por el citado contrato, tasado en 16.500 reales, una cantidad muy importante para la época, el pintor extremeño se comprometió a ejecutar ese trabajo en el plazo de un año, para lo cual se instalaría en el convento sevillano –actual Museo de Bellas Artes– con “sus oficiales y las demás gentes que fuere necesario”.

Al parecer no llegaron a realizarse todos los cuadros previstos en el contrato, pero Zurbarán pintó otras obras para el convento, como la serie de los once doctores de la Orden destinada a la biblioteca conventual para servir de ejemplo a los frailes.

Las biografías de san Pedro Nolasco nos dicen que en 1218 la Virgen María se apareció al santo para indicarle que debía fundar la “Orden de la Virgen María de la Merced de la redención de cautivos”, cuyos miembros llevarían un hábito blanco en honor a la pureza de María. Posteriormente se le apareció san Pedro, crucificado boca abajo, para consolarle por no poder ir a Roma, y más tarde tuvo una visión de la Jerusalén celeste, que debió consolar al santo en sus inquietudes espirituales. El Museo del Prado conserva los lienzos correspondientes a estas dos últimas visiones (P-1237 y P-1236).

La *Visión de san Pedro Nolasco* presenta una evidente sencillez compositiva basada en un simple juego de diagonales y triángulos que articulan el espacio donde las dos figuras, el santo y el ángel, aparecen recortadas sobre un fondo parcialmente oscuro. Es posible que para pintar a san Pedro Nolasco con los rasgos de un varón de edad madura tomara como modelo a algún monje del convento, tal vez al mismo padre comendador fray Juan de Herrera. Vestido con el amplio hábito blanco de la orden de la Merced, que cae en gruesos pliegues sobre un suelo indefinido y en el que el pintor consigue una gran variedad de tonalidades blancas, parece estar dormido en su celda monacal, frente a un grueso libro abierto colocado sobre una sencilla mesa dispuesta en perspectiva invertida, característica de las primeras obras de Zurbarán. Está representado de perfil e iluminado desde atrás por la visión de la Jerusalén celeste que aparece en una nube de gloria. La luz dorada que emana de la visión ilumina el interior de la celda y amortigua la densa penumbra, haciendo que la figura del santo destaque a contraluz mientras que el espléndido ángel recibe la luz de frente.

Este lienzo y su compañero fueron vendidos antes de 1810 al deán de la Catedral de Sevilla, Manuel López Cepero, que los cedió en 1821 al rey Fernando VII a cambio de varias pinturas de las colecciones reales. De la Colección Real pasaron al Museo del Prado.

Pintura española (siglo XVII)

Óleo sobre lienzo, 179 x 223 cm. Cat. 1236